

El mundo de los migrantes

Palabras de Rafael Emilio Yunén, director general del Centro León, en el panel para presentar la exposición *Éxodos* con fotografías de Sebastião Salgado. Santiago de los Caballeros. Septiembre 1 de 2004.

Mucha gente cree que la migración es un fenómeno reciente, pero en realidad ha existido en todos los países y en todas las épocas. Es más, ha habido períodos en la historia de la humanidad en los que se han registrado más desplazamientos de flujos humanos que en la actualidad. Por ejemplo: en el siglo XVII uno de cada diez holandeses había nacido fuera de su país y, en Ámsterdam, el 40% de su población era extranjera. Pongo este caso para indicar que la gran mayoría de los países europeos de hoy son, en realidad, naciones formadas por inmigrantes y emigrantes.

Antes la gente tenía que viajar por más tiempo que ahora para llegar a sus lugares de destino. De igual manera, sus costumbres y valores culturales eran mucho más distintos que los de la nación a donde iban a parar. Ahora los viajes son más fáciles de realizar (aunque quizás no menos riesgosos) y las costumbres no difieren tanto por el efecto ocasionado por las comunicaciones periódicas, telefónicas, televisivas, radiales y el internet.

Antes, al igual que ahora, la mayoría de los migrantes ha salido en busca de un mejoramiento de sus condiciones de vida. No obstante, siempre han llamado más la atención los flujos de exilados, los perseguidos, los desposeídos y los refugiados. El resto de migrantes que no cae en esta categoría es mucho mayor, pero tienen una experiencia de vida que se no se conoce o se conoce muy poco.

En términos globales, tanto hombres como mujeres han formado parte de los flujos de migrantes en la misma proporción. No obstante, la migración masculina ha sido más estudiada y más registrada que la femenina. Esta situación ocurre porque en años anteriores la salida de los hombres era considerada una pérdida para la mano de obra local. De igual manera, la llegada de hombres migrantes a un lugar era considerada como una amenaza a la fuerza laboral existente. Sin embargo, en la actualidad, tanto hombres como mujeres migrantes pueden impactar el mercado laboral de la nación que los recibe, aunque casi siempre se reservan los peores trabajos para quienes llegan desde el exterior.

Pero a dónde quiero llegar es al hecho de que, tanto antes como ahora, los migrantes han sido causa de miedo (o de pánico) de parte de la nación que los recibe porque generalmente los ven como contrarios a la cultura local, ofensivos a la moral establecida, raptadores de mujeres y bárbaros en contra del idioma nacional.

Esta tendencia actitudinal que frecuentemente existe frente a los recién llegados, ha sido utilizada por políticos, militares, grandes empleadores y líderes religiosos para aumentar la discriminación contra los migrantes de manera que luego se pueda justificar su opresión ideológica o su explotación con fines económicos. He aquí uno de los orígenes más poderosos de la exclusión que todavía hoy sufren muchos de los grupos migrantes en la mayoría de los países.

Sin embargo, con el paso del tiempo, hay algunos pocos grupos de migrantes que se van asimilando lentamente a las sociedades que los recibieron, no sin antes haber pasado por momentos largos de exclusión, discriminación, reclusión en ghettos, y hasta pago selectivo de impuestos según nacionalidad, o por ser extranjero residente, o para poder desempeñar una profesión, o para casarse, en fin... Sería bueno recordar que hay sociedades que empezaron discriminando enormemente a un grupo de migrantes y luego estos terminaron integrándose plenamente en dichas sociedades. Tal es el caso de la discriminación en contra de los franceses que se dio en todos los países de Europa en el siglo XIX, ya que se consideraba que "las finas maneras de los hijos de Francia iban a debilitar el recio espíritu europeo". Y aquí en la República Dominicana no se puede dejar de decir que los árabes fueron uno de los grupos migrantes más discriminados a principios del siglo XX, al extremo de que en los periódicos se escribían cosas como esta:

"El árabe no se dedica a las faenas agrícolas, i sí se ocupa en un comercio raquíptico, en perjuicio de los demás comerciantes. Es contrabandista por excelencia i sin ningún escrúpulo en sus transacciones. No produce casi nada i apenas consume la cuarta parte de lo que una persona metódica gasta para satisfacer sus necesidades. De condiciones morales no muy buenas, el árabe es un peligro para la salud pública, pues siendo una raza acostumbrada a la molicie más repugnante, no ha podido aun formar una idea cabal de los beneficios que le reportan a un país la higiene pública i privada. Cuál será nuestro porvenir si por un lado nos invade el haitiano, por el otro el cocolo i por los cuatro costados el árabe antihigiénico, indolente i miserable...?". (De un periódico local. 6 de agosto de 1909).

Veamos ahora algunas gráficas de cómo anda el panorama mundial de los migrantes (Anexo).

Analizando más de cerca nuestra situación dentro del panorama mundial, habría que decir que el fenómeno migratorio es uno de los elementos más importantes para definir la formación de identidades en el Caribe y en la República Dominicana. El cambio de residencia de forma ocasional, temporal o permanente, determina la trans-territorialidad, es decir, la mezcla o intersección de *espacios de vida* que poseen contenidos, costumbres y prácticas susceptibles de mezclarse y combinarse para producir una nueva forma de identidad en los individuos y comunidades migrantes. Lo que muchas veces no se nota, o no se quiere aceptar, es que la formación identitaria que van desarrollando los emigrantes influye recíprocamente a las otras identidades que se desarrollan en su país de origen.

Cada país caribeño, incluyendo especialmente a la República Dominicana, es un microcosmo de todos los tipos de movimientos poblacionales que pueden existir en el mundo. En nuestro país ocurren emigraciones, inmigraciones, flujos diarios o estacionales de ida y vuelta entre localidades, flujos de migrantes que regresan, entre otros. Como frutos de esta dinámica tenemos nuevos ciudadanos, ex-ciudadanos, bi-ciudadanos, y a todos ellos ya se les puede atribuir el calificativo de ciudadanos trans-nacionalizados.

Pero junto con los migrantes, en República Dominicana y el Caribe se encuentran otros grupos humanos que también experimentan cambios continuos de residencia por efecto de desalojos forzados y de la búsqueda de refugio por calamidad o, la mayoría de las veces, por desesperación ante tantas privaciones y necesidades insatisfechas. Estos grupos son clasificados como los excluidos del medio social, los que no son integrados en la sociedad (ni siquiera en el nivel de subsistencia), tocándoles la obligación de sobrevivir o morir dentro de una marginalización forzada y violenta. La mayoría de estos desalojados, refugiados y excluidos no son considerados ni siquiera como ciudadanos. Es más, ellos se convierten en desalojados, refugiados y excluidos, precisamente porque nunca fueron tratados como ciudadanos aun teniendo los derechos para serlos.

Es vergonzoso reconocer que esta realidad se vive encubriendo aquí y en la mayoría de países del mundo. En nuestro país, los excluidos pueden hasta existir al lado nuestro y sencillamente no los vemos. Por otro lado, los migrantes dominicanos en el exterior, la llamada diáspora dominicana, continua desarrollándose con las mismas limitaciones y logros que ocurren en la sociedad isleña, pero muy pocos desde aquí ponemos atención a sus problemas o valoramos sus actuaciones. Sencillamente, los ignoramos. De ahí, que muchos miembros de la diáspora pasan también a engrosar la misma categoría de los desalojados, refugiados y excluidos.

Finalmente, en el caso dominicano se presenta también la trágica realidad de los inmigrantes haitianos con consecuencias que rayan en la deshumanización de los asentamientos en que la mayoría de ellos quedan confinados. Sólo basta recordar la voz conjunta de los obispos católicos dominicanos y haitianos que hace casi 20 años escribieron en una carta pastoral lo siguiente:

“... compartimos el sufrimiento común de ver a tantos hermanos nuestros nacidos en Haití, forzados a buscar fuera de su patria, y a menudo en condiciones muy penosas, lo que ellos deberían encontrar en su suelo... Tal fenómeno es parte de los dolores de tantos éxodos migratorios que hoy se producen en el mundo. Nos preocupa, pues, y nos obliga a levantar nuestra voz de Pastores, la situación de aquellos inmigrantes haitianos –braceros, refugiados e indocumentados- que trabajan o se encuentran en la República Dominicana en condiciones inhumanas e injustas... Pedimos a los responsables más directos de la situación de ellos que, fieles a su conciencia y a la justicia y a la solidaridad, pongan su mejor voluntad y los medios eficaces para la solución de este grave problema”. (Declaración Conjunta del 24 de febrero de 1985).

Tanto la migración de los braceros hacia nuestro país, como la de los yoleros dominicanos hacia Puerto Rico son casos típicos de la migración forzada. Siempre habrá que diferenciar la migración forzada de la migración entendida como movilidad territorial, la cual es reconocida como un derecho universal. En cambio, la migración forzada es inaceptable porque ella se origina por la violencia, el desempleo, la falta de oportunidades y de justicia social. Dice un reciente documento hondureño, país también diezmado por los efectos de las migraciones forzadas, que “la migración forzada es causa de tristeza, de desarraigo y de desintegración familiar. ‘Algo se muere en el alma, cuando un amigo se va’, dice una canción española. Y son muchos los que se van, a veces para siempre, pues mueren en el camino”.

El drama de los migrantes, desalojados, refugiados y excluidos (sobre todo en el caso de los niños pobres), es una realidad común y sigue pasando desapercibida de parte de todos. Lo peor es que esta situación no es sólo particular al caso dominicano. A nivel mundial encontramos actitudes parecidas y por eso hay personas que se dedican a defender los derechos de los migrantes. Una de ellas es el excepcional artista del lente Sebastião Salgado, cuyas principales obras tendremos ocasión de contemplar en la exposición *Éxodos* que hoy inauguramos gracias a la colaboración del Servicio Jesuita para los Refugiados.

Las motivaciones para hacer esta exposición en el Centro León coinciden con los criterios que actualmente son mantenidos en casi todos nuestros países por una gran cantidad de artistas, intelectuales, activistas comunitarios y líderes en general.

Uno de ellos, el columnista del periódico *La Prensa*, Fausto Leonardo Henríquez, publicó el pasado 19 de agosto: “El panorama global que se consolida hace inminente que hombres y mujeres de buena voluntad construyamos una sociedad más justa. Ese es el camino para atenuar la migración forzada. Hablar de justicia es hoy tan necesario como ayer. Es una palabra siempre nueva, exigente, punzante. Habrá, es claro, quien la rechace... pero nunca podemos cansarnos de vivir y exigir desde una plataforma de justicia”.

Rafael Emilio Yunén
Santiago de los Caballeros,
1 de Septiembre de 2004